

Carta abierta al Sr. D. Angel Bozal Obejero sobre asuntos matemáticos.

Sr. Dr. D. Angel Bozal y Obejero.- Director de la Gaceta de Matemáticas Elementales.-
Mi distinguido compañero y muy apreciable amigo: Para corresponder con gusto a la invitación o llamamiento que V. hace al publico matemático desde el número primero de su interesante Revista, voy a manifestarle con sinceridad, y movido tan solo por el amor que guardo a la Ciencia y a mi patria, la humilde, aunque sentida opinión que sustento acerca del tema abierto por nuestros distinguidos compañeros, señores Octavio de Toledo y García de Galdeano.

Verdaderamente que si nos fijamos en los resultados que daba la ciencia matemática en España, por allá los comienzos del siglo XIX, hay que admitir que su nivel se hallaba muy por debajo de lo que venia haciéndose en el extranjero; más suponer que ese nivel ha persistido hasta nuestros tiempos, sería injusto. Decir que en nuestras Universidades hoy no se estudia sino de una manera rutinaria, equivale a desconocer por completo algunos de los programas oficiales de dichos centros docentes.

Nadie debiera ignorar a la altura que ha colocado, por ejemplo, la Geometría descriptiva el gran pensador doctor D. Eduardo Torroja, catedrático en la Universidad Central, contribuyendo en este movimiento progresivo de la Ciencia la preciosa y meditada obra de Análisis Matemático del distinguido doctor D. Miguel Marzal, así como los preciosos trabajos sobre electricidad del eminente Ingeniero D. Francisco de P. Rojas, y otros muchos españoles cuyo relato ocuparía bastantes líneas. Ese entusiasmo de tales maestros se comunica a sus alumnos, logrando alcanzar premios en el extranjero y desarrollando en el grado doctoral temas relacionados con las últimas conquistas de la matemática superior.

Hay que confesar que de algún tiempo a esta parte opérase en España un movimiento favorable hacia el progreso de la Ciencia y, en particular, hacia la Matemática; y si bien hay quizás quien con noble fin cree que aun nos rodea un vacío, bastaría para probar lo contrario, si cuanto precede no fuera suficiente, fijarse en las publicaciones matemáticas que salen a luz, bajo la dirección de entusiastas compañeros, verdadera honra del profesorado español.

En una palabra, considero que no hay motivo para deprimirnos tanto como se ensalza todo lo que viene de fuera de casa, pues si bien soy el primero en admirar ciertos trabajos, no se crea tampoco que todo lo publicado y dicho en el extranjero puede considerarse como *oro de ley*. Al consultar algunos programas de Cálculo Infinitesimal, he visto con sorpresa que no constaban las integrales eulerianas, siendo así que éstas resuelven los puntos más culminantes del calculo integral, procurando, entre otras cosas, la celebre fórmula de Dirichlet, la cual tiene importancia grande para resolver de una manera fácil los principales problemas que se refieren a las teorías del centro de gravedad y momentos de inercia.

Tampoco he visto en los tratados de Cálculo, que han llegado a mis manos, la importancia que debiera concederse a las funciones circulares e hiperbólicas para resolver muchas integrales de la Mecánica, sin rodeos, esto es, lo que podríamos decir marchando por el atajo. Ni tampoco he sabido hallar el estudio de lo que bien pudiera titularse *unidades infinitesimales naturales*, las cuales pueden procurar resultados importantes, no solo en cuestiones de alta matemática, sino en la Geometría elemental, resolviendo de modo fácil y rápido todo lo concerniente a longitud de líneas, áreas de superficies planas y curvas, así como volúmenes de cuerpos geométricos.

Pues aunque sea pecar de inmodesto, puedo afirmar que todo esto se estudia ya en España, sin que dejen de hacerse aplicaciones debidas, según las integrales y funciones elípticas, cuando se trata, por ejemplo, en Mecánica, de los péndulos y de las célebres fórmulas de Euler respecto al movimiento de un sistema material.

Mi queridísimo y entusiasta compañero, señor García de Galdeano, dice muy bien que la Ciencia constantemente ensancha su círculo de acción, y en su virtud los españoles, como parte constitutiva de la humanidad, aunque quisieran, no podrían substraerse a dicha ley; muy al contrario, pues yo tengo para mí que, dado el impulso, puede España lograr resultados, quizás más eficaces que otros pueblos.

En efecto; la situación de nuestro país, permite unir estrechamente los conceptos más elevados de los alemanes con los fríos y concretos del Albion, sujetos al calor de la imaginativa de los franceses e italianos. Afortunadamente, en la nación de la antigua y reputada Universidad de Salamanca, asoman ya los rayos de una filosofía matemática, que ni es puramente ideal, ni esencialmente empírica; filosofía que permite desarrollar los principios matemáticos de tal suerte, que jamás puedan conducirnos a conclusiones sospechosas, ni que en modo alguno nos obliguen constantemente a permanecer en la más espantosa inferioridad.

Varias veces he deplorado con toda mi alma que se pierdan tantas energías intelectuales por el mundo, no diré solo entre la lectura de periódicos y distracciones perniciosas, sino en lo que es todavía más sensible: en temas pertenecientes a la misma Ciencia. Durante el siglo XIX, muchas son las ramas que se han desarrollado en el gran árbol de la Matemática; pero mucho me temo que no todas convengan para su vida. Esta consideración, y Dios me perdone si pecho, me ha inducido a pensar alguna vez si serían preferibles aquellos tiempos de Euler, de Legendre, etc., en que, a pesar de haber pocas ramas, en cambio resultaban más vigorosas y robustas que las de hoy.

En suma, yo entiendo que para que la Matemática prospere verdaderamente, no solo en España sino por el mundo entero, interesa que los gobiernos de las diferentes naciones, se pongan de acuerdo para prestar apoyo moral y material a los hombres dedicados a la Ciencia, adoptando una lengua única al objeto de darse a entender todos los matemáticos, la cual, a mi modo de ver, podría ser la española, pues no solo ella se presta, por la claridad de los conceptos y la fijeza de las palabras, sino que su escritura obedece, podríamos decir, a la ley de la *menor acción*, o sea de la economía y sencillez.

Una vez resueltos estos dos puntos capitales, sería preciso luego nombrar un Jurado de Matemáticos, en que no imperase más que la imparcialidad y el recto criterio, para que señalara a la juventud estudiosa los pocos libros que debieran adoptar, y los muchos que debieran rechazar, no solo para no gastar inútilmente sus fuerzas intelectuales, sino para que no se le pegara la locura de algunos. De esta suerte, y por medio de buenas traducciones, conforme indican en sus cartas mis distinguidos compañeros a que al principio hago referencia, llegaríamos a recabar las últimas lucubraciones de un Euler, de un Legendre, etc., los cuales, no por ser un poco viejos son para despreciarlos, pues la claridad y fecundidad de sus pensamientos han guiado sin duda a muchos célebres matemáticos de nuestros tiempos, habiendo podido ser muchos más los resultados obtenidos, si los que desprecian a esos autores por *rancios*, se hubiesen tomado el trabajo de pasar algunos años estudiándolos a fondo.

Con tal plausible motivo, es muy grato para mí reiterar a usted las distinciones de verdadero aprecio, consideración y buen compañerismo, de su afecto servidor, que le besa la mano,

Lauro Clariana Ricart